

ángel. Como que tenía sus proyectos sobre el pobre Ploszovski y la señora Kromicki era un obstáculo para sus miras, por eso la odiaba de todo corazón.

—Por lo demás,—observó Marina,—la señorita Terka es bonita.

—Es una autómeta, cuyo corazón no palpita si á su madre se le olvida darle cuerda. De mujeres de esta clase hay una infinidad, por más que muchas de ellas á primera vista no lo parezcan. Es cosa increíble; sin embargo, un amigo mío, un joven médico, se enamoró locamente hace cerca de dos años, de aquella muñeca sin alma. Dos veces consecutivas pidió su mano, y á las dos veces fué rechazado porque aquellas señoras se habían formado otros proyectos, y él se expatrió á Holanda, donde murió de consunción. Al principio me escribía con regularidad para pedirme noticias de su autómeta; después dejé de recibir cartas suyas.

—¿Lo sabe ella?

—Lo sabe, porque siempre que tenía ocasión de verla, yo le hablaba del joven médico. Su recuerdo no ha alterado ni por un instante su serenidad. Habla de él como de cualquier persona extraña. Y pensar que mi pobre amigo era un escéptico, un materialista, ¡un verdadero hijo de nuestro siglo! Sin embargo sostenía que la pasión se burla de toda la filosofía de este mundo, y hasta una vez me dijo: «¿Qué quieres que te diga? prefiero ser desdichado con ella, á ser dichoso con otra.» Lo cual equivale á decir que la razón juzga con rectitud, pero que el alma, es eternamente esclava de las pasiones.

En aquel momento el coche recorría un camino

flanqueado de castaños, cuyas ramas, iluminadas por los faroles del coche, parecían encendidas.

—Y si á uno le sobreviene una desgracia semejante, tiene que resignarse,—observó de pronto Polaniecki,—como conclusión de un razonamiento que se hubiese hecho á sí mismo.

La señora Emilia se inclinó hacia Litka murmurando:

—¿Duermes?

—No, mamita,—contestó la niña.

XIV

—Yo no le tengo mucho apego al dinero,—decía el señor Plavicki,—pero si la Providencia hubiese decretado que nos tocase á nosotros una parte de esa importante herencia, es cosa segura que no la rechazaría.

—Le ruego á usted que considere,—observó fríamente Masko,—que ante todo, sus pretensiones de usted no tienen fundamento alguno.

—No por esto se tiene de renunciar á ellas.

—Y además, que la señorita Ploszovski vive aún.

—Sí, pero esa señorita es una especie de choza ruinosa y no puede vivir largo tiempo.

—Pero puede disponer de sus bienes para fines benéficos.

—También se pueden rebatir las disposiciones testamentarias.

—Y finalmente, que su parentesco de usted es de décimo á undécimo grado.

—Pero no hay parientes más próximos.

—También Polaniecki es pariente de usted.

—Pariente mío rigurosamente no lo es; es un primo lejano de mi primera mujer.

—¿Y Bukacki?

—Respecto á éste, puede usted estar completamente tranquilo; no es más que primo de un cuñado mío.

—¿Y no tiene usted otros parientes?

—Los Gatoski de Yalbrzikov se titulan parientes nuestros, pero no sé con qué derecho. La mayor parte de los hombres sostienen lo que más lisonjea su vanidad.

Masko al plantear todas estas dificultades, tenía su objeto.

—En nuestros pueblos,—repuso,—los hombres son codiciosos, y apenas huelen una herencia, aún cuando la mayor parte de las veces sean ilusorios sus derechos sobre ella, acuden como otros tantos buitres atraídos por el olor de la presa. En tales casos todo depende de la elección del individuo más adecuado para el despacho de asuntos tan complicados. El que mejor escoje, es el que tiene mayores probabilidades de éxito. Se requiere un hombre activo, práctico y enérgico, porque un hombre sin energía y poco familiarizado con estas cuestiones, difícilmente se saldría con la suya, aún cuando estuviera dotado de cierto ingenio.

—Lo sé por experiencia,—observó Plavicki.

—Sin contar con que se convertiría usted en un juguete en manos de los abogados, los cuales entienden al dedillo el arte de desplumar á sus clientes.

—Le designaré á usted que es amigo nuestro.

—Y hará usted bien,—apoyó Masko con tono enfático;—porque realmente, tanto á usted como á la señorita Marina les profeso una verdadera amistad y hasta una especie de cariño como si perteneciese á vuestra familia.

—Se lo agradezco en nombre de la huérfana,—repuso Plavicki, tan conmovido por sus propias palabras que no pudo continuar.

Masko con tono solemne prosiguió:

—Asumiré toda la responsabilidad de la gestión de este asunto,—prosiguió Masko con tono solemne,—á pesar de que dudo mucho del éxito; pero conviene que yo tenga el derecho de hacer todo esto.

Y cogiéndole la mano á Plavicki, el joven abogado prosiguió:

—De seguro que habrá usted adivinado de qué le quiero hablar: de consiguiente le suplico que me escuche usted con paciencia.

Aún cuando no había nadie en la habitación bajó la voz y se puso á hablar con tono enfático. De vez en cuando Plavicki entornaba los ojos, y cuando el otro hubo terminado su larga peroración, dijo:

—Vaya usted á la sala: le diré á Marina que vaya en seguida á reunirse con vos. No sé lo que ella le contestará á usted. Sea cual fuere el resultado de vuestra entrevista, yo le he apreciado á usted siempre, y por lo tanto...

Aquí el señor Plavicki abrió los brazos arrojándose Masko en ellos, y contestando sin manifestar gran emoción, pero con gran dignidad:

—Gracias.

A los pocos minutos hallábase en la sala esperando.

Marina, aparecía al fin algo pálida, pero tranquila. Masko la ofreció una silla; luego se sentó frente á ella y empezó diciendo:

—Estoy aquí con permiso de su padre de V. No sé si podré expresar mejor de palabra lo que en silencio le he dado ya á entender. Más ahora me parece llegado el momento de expresar con su verdadero nombre el dulce sentimiento que usted me ha inspirado y lo hago confiando en su corazón y en su carácter. La amo, soy un hombre, con cuyo apoyo puede V. contar, y le pido que sea V. mi mujer.

Marina no contestó en seguida; parecía que estuviera indecisa sobre la elección de las palabras. Más por último dijo:

—Siento tener que darle una respuesta franca y sincera. La confesión que hago me es penosa, muy penosa, pero no puedo seguir manteniendo en el error á una persona como usted: yo no le amo, y jamás podré ser su esposa de usted.

El rostro de Masko se puso más colorado, si posible era, de lo que lo solía estar, y sus ojos adquirieron una expresión dura y fría.

—Su respuesta de V. es muy categórica,—dijo haciendo un gran esfuerzo para dominarse,—y para mí es tan dolorosa como inesperada. ¿Para qué quiere usted rechazar tan súbitamente mi proposición? Deje usted que transcurran algunos días; así tendrá tiempo de pensarlo mejor.

—Esta resolución hace ya algún tiempo que la tengo tomada, y mi respuesta la he pensado suficientemente.

En este punto la voz de Masko adquirió un tono seco y fuerte.

—Júzguese usted á sí misma, señorita,—dijo,— y verá si no fué su conducta la que me ha dado el derecho de hacerle una oferta semejante.

Masko contaba que Marina le contestaría que se había equivocado al juzgar su conducta, y que jamás se habría imaginado haber despertado en él una esperanza semejante. Más ella fijó en él su límpida mirada y contestó:

—Mi conducta para con usted no ha sido la que debía ser; me reconozco culpable y le ruego que me perdone.

Masko se sintió derrotado.

Una mujer que reconoce su falta desarma á cualquier adversario que, al par desu carácter, al par de la educación que ha recibido posea algún sentimiento caballeresco.

La cólera y el amor propio lastimado hicieron estremecer sus nervios, pero se dominó, tomó el sombrero, se acercó á Marina, é inclinándose para besarla la mano dijo:

—Sabía que estaba usted muy encariñada con Kerzemien; lo compré con el único objeto de ponerlo á sus pies. Ahora me doy cuenta de que equivoqué el camino. Le ruego que me dispense por mi equivocación. Me es tan querido su sosiego, como mi felicidad, por lo cual, no le dirijo á usted reproche alguno y me limito á desear que sea usted dichosa.

Dicho esto, hizo una profunda reverencia, y se alejó.

Marina permaneció inmóvil durante un largo espacio de tiempo. En su pálido semblante se reflejaba un dolor profundo; jamás habría creído á Masko capaz de un sentimiento noble.

—Polaniecki,—pensaba,—me arrancó Kerzemien para recobrar su dinero; y Masko lo adquirió para ofrecérmelo.

Jamás había quedado Polaniecki tan rebajado á sus ojos como en aquel momento. Fué tal la impresión que en ella produjo la conducta de Masko que estaba á punto de llamarle, pero le faltó el valor por más que se decía á sí misma que aquél era su deber.

Por otra parte ella no se podía imaginar la violenta disposición de ánimo en que Masko se hallaba. Razón completa tenía éste para estar furioso. Fallidos todos sus planes veíase próximamente á la ruina. Había comprado Kerzemien con buenas condiciones, pero la finca era demasiado grande para los reducidos medios con que contaba. Una vez casado con Marina, habría quedado libre de la renta vitalicia que se tenía que pagar al señor Plavicki, y hasta habría podido tomarse tiempo para desprenderse del producto de la venta de Magierov. En cambio ahora, Plavicki, Polaniecki y todos los que alegaban derechos sobre la hacienda tenían que ser pagados; pues de lo contrario, se iría por tierra para siempre todo su crédito conquistado palmo á palmo con tanto trabajo.

Y Masko comprendía de sobra todo esto.

Entretanto Plavicki había entrado en la sala donde se hallaba.

—Le has rechazado,—empezó á decir,—porque de no ser así, antes de marcharse habría venido á decirme algo.

—Sí, papá.

—¿Y qué ha contestado?

—Todo lo que una alma noble puede contestar.

—Una nueva desgracia,—observó con plañidero tono el señor Plavicki;—obrando así, tal vez me has quitado el último pedazo de pan. Ya sabía que no tendrías consideración alguna conmigo.

—No podía obrar de distinto modo.

—Está bien: adiós, ya sé á donde tengo que ir para dar libre curso á mi dolor, ya sé donde hallar quien comparta mis lágrimas.

Y se fué al café á ver jugar al billar.

Media hora después Marina iba á casa de la señora Emilia.

—Me he quitado un gran peso del corazón,—exclamó apenas hubo entrado.—Hoy he rechazado categóricamente la proposición de matrimonio que me ha hecho el señor Masko.

La señora Emilia la estrechó contra su pecho sin articular palabra.

—Me ha causado lástima,—continuó Marina.—Se portó con tanta nobleza, que si en mi corazón hubiera existido una sola chispa de amor por él, no habría tenido valor para negarle mi mano.

Y refirió á su amiga toda la conversación sostenida con Masko.

—Querida Emilia,—terminó Marina,—conozco la amistad que le tienes al señor Polaniecki, pero sé justa por una vez; compara á estos dos hombres, no según sus palabras, sino según su proceder.

—Jamás haré semejante comparación,—exclamó Emilia,—es imposible, son dos seres antitéticos. Yo coloco á Polaniecki muy por encima de Masko, y encuentro que al juzgarles eres injusta, y hasta no tienes razón al sostener que el uno te ha quitado Kerze-

mien y que el otro te lo ha querido devolver, Estanislao no te ha arrebatado Kerzemien, y te lo devolvería de muy buen grado si en su mano estuviera. Hablas contra él por sistema.

—No, Emilia, no. Yo juzgo por los hechos y estos no se pueden desmentir.

—Y yo, Marina, te digo,—replicó Emilia acercándose á su joven amiga,—que no puedes juzgar desapasionadamente. ¿Y sabes por qué? Porque Polaniecki no te es indiferente.

Marina se estremeció como si Emilia le hubiese tocado con aspereza una herida que manaba sangre aún, y al cabo de algunos minutos, respondió casi con tono duro:

—El señor Polaniecki no me es indiferente: tienes razón. Pero la simpatía que por él alimentaba, se ha trocado hoy en aversión.

Emilia inclinó dolorosamente la cabeza: Marina, arrepentida de lo brusco de su respuesta, la abrazó diciendo:

—Siento vivamente ser causa de disgustos para tí, pero tengo que decir la verdad. De sobra sé que acabarás por dejar de quererme también tú y precisamente cuando quizás tendré mayor necesidad de tu cariño.

Las dos amigas se separaron como de costumbre besándose y abrazándose; pero comprendiendo que entre ellas se había interpuesto algo incomprensible, y que se habían turbado para siempre sus cordiales relaciones.

Algunos días después la señora Emilia, cediendo á las insistentes súplicas de Polaniecki, creyó oportuno decirle la verdad toda entera.

Y el joven, después de haberla escuchado atentamente contestó:

—Le doy á usted las gracias. Si la señorita Plavicki sólo siente aversión por mí, ya nada me queda que hacer. He hecho hasta lo imposible para reconciliarme con ella; no puedo ir más allá. Sé que me esperan días de dolor, pero sabré encontrar el valor suficiente para reprimir mi amor: se lo puedo asegurar á usted.

—Lo creo, mas ¡cuánto sufrirá usted!

—¡Qué importa! Cuando no pueda más, la llamaré á V. en mi auxilio, y estoy seguro de que con esto lo sabré soportar todo. Tengo la seguridad de que Litka la ayudará en esta buena obra.

Dichas estas palabras Polaniecki se despidió.

Firme en su propósito se dedicó en cuerpo y alma al trabajo, buscando en éste el olvido: más, durante sus largas noches de insomnio, no podía alejar los pensamientos que llenaban su mente y una profunda pesadumbre oprimía su corazón.

Pero como el dolor es para el hombre lo que el orin es para el hierro, el estado de su ánimo empeoró de día en día. ¿Qué había sacado de toda su energía? Vacío y desierto se presentaba para él el porvenir, y él mismo se había labrado su propia desventura. Su amor por Marina adquirió con el dolor mayor intensidad, y se apoderó de él un intenso deseo de poseerla. A pesar de todo lo cual, la esquivaba. Pero habiéndose puesto enferma Litka, pasó días enteros en casa de la señora Emilia, y con este motivo tuvo ocasión de pasar, en compañía de Marina, largas horas de vela á la cabecera del lecho de la pequeña enferma.

XV

En su nueva recaída, la pobre Litka tardó mucho tiempo en rehacerse. Entonces, durante el día, reposaba en una camita que se le había colocado en la sala. Acompañada de su madre y de Polanieki daba muestras de estar tranquila y satisfecha; más en presencia de Marina, permanecía seria, y á veces, con los ojos insistentemente fijos en ella, parecía querer darle cuenta de algo que atormentaba su ingénua imaginación.

Una tarde, mientras se hallaba sola con su madre, la dijo de improviso como si despertase de un sueño:

—Mamita, siéntate por un instante, aquí, á mi lado.

La señora Emilia consintió inmediatamente.

La enfermita la echó los brazos al cuello, apoyó su rubia cabecita sobre su hombro y murmuró dulcemente á su oído:

—Quisiera pedirte una cosa, pero no sé cómo decirlo.

—¿De qué se trata, vida mía?

Litka permaneció un instante pensativa, y luego contestó:

—Mamá, ¿qué quiere decir eso de amar de veras á uno?

—¿Amar á uno, Litka?—repitió la señora Emilia que no había comprendido bien la pregunta de su hija.

—Sí, mamita.

—Amar á uno quiere decir desear que esté bu-

no, de la manera como yo desearía que tú no estuvieses enferma.

—¿Y qué más?

—Desear siempre estar con él, desear que sea dichoso y hasta ser amada de él.

—¡Ahora comprendo!—exclamó Litka lanzando un profundo suspiro.—Siempre me he figurado que debía ser una cosa así.

—¿Y por qué me has hecho esta pregunta?

—Mira, mamá, una vez... ¿te acuerdas? era en el lago de Thum... oí que decíais que el señor Stach amaba á Marina; y ahora comprendo que debe ser muy desgraciado, porque nunca habla de ella.

—No te conmuevas tanto, hija mía.

—No me conmuevo, mamá. Ahora lo comprendo todo. El quisiera que ella lo amase, pero ella no lo ama y quisiera que siempre estuviese con él, y ella por el contrario vive con su padre y no se quiere casar con él.

—No quiere ser su mujer...

—Por esto sufre tanto, ¿verdad, mamá?

—Verdad.

—Sí, ahora veo claro. Pero, ¿si fuese su mujer, podría aprender á conocerle?

—Sí, vida mía. ¡Un hombre tan bueno!

—Sí, sí, ahora lo sé todo.

La niña cerró los ojos, y la señora Emilia quedó inmóvil y silenciosa para que se durmiera; más al cabo de algunos minutos, Litka repuso:

—Si él se casara con Marina, ¿cesaría de amarnos?

—No, Litka, nos tendría el mismo amor que nos tiene ahora.

—¿Pero le tendrá más cariño á ella que á nosotras?

—Es natural; Marina estaría siempre más cerca de él. Pero, ¿para qué te preocupas tanto de eso?

—¿Hago mal?

—Eso nunca. Yo siempre estoy pensando en el señor Stach. Oye, mamá, no le digas nada de eso á Marina.

Algunos días después, Polaniecki se hallaba solo en la cabecera de la cama de Litka, todo atareado en hinchar un globo de goma que había traído para la enferma.

De pronto ésta dijo:

—Señor Stach, he notado que mi mamá está muy afligida porque estoy enferma.

Polaniecki dejó de ocuparse del globo y la contestó:

—Esta picaruela lo ve todo y lo observa todo. Por lo demás, es natural que tu madre desee que estés buena.

—¿Y cómo es que todos los otros niños están buenos y únicamente yo estoy enferma?

—También han estado muy enfermos los niños de Bigiel. La mayor parte de los niños están sujetos á enfermedades.

Litka sacudía la cabeza como quien no acababa de darse por convencida, y de pronto repuso:

—Anteayer, mientras estaba sola, he oído música en la calle, he mirado por la ventana y he visto que era un entierro, y se me ocurrió la idea de que también yo me moriría.

—No digas disparates, Litka,—exclamó Polaniecki.

Y para ocultar su turbación y para hacer creer á la niña que daba poco crédito á sus palabras, prosiguió su tarea de llenar de aire el globo. Pero la niña proseguía:

—Me siento tan enferma, hay momentos que me hace sufrir tanto el corazón... Mamá, cuando reza, siempre me hace decir: «Devuélveme la salud, Señora». Y yo lo repito de muy buen grado, porque tengo miedo de morir. Sè que el Paraíso es muy bonito, pero la mamita no está allá... y estaré sola, sola en el cementerio... y hasta de noche...

Polaniecki echó á un rincón el globo, se acercó vivamente á la enferma, y apoderándose de sus manecitas, le dijo:

—Litka, si amas á tu madre y quieres á tu Stach, no pienses en estas cosas, que no sirven más que para agitarte. Si tu mamá lo supiera, tendría un inmenso pesar.

Litka unió las manos en tono suplicante.

—Mi buen señor Stach,—dijo en idéntico tono,—permitame usted que le pida todavía una cosa, no más que una, la última.

—Dí, niña,—contestó él acariciando su rubia cabellera,—pero con la condición de que sea una cosa juiciosa.

—¿Llorará usted sobre mi tumba?

—Eres muy mala.

—¡Querido Stach, mi querido Stach, respóndame usted.

—Qué muchacha tan fatal. ¿Te tengo que responder? Tú sabes cuánto te quiero, cuán profundo

es el cariño que te tengo. ¡Dios te proteja! Nadie en el mundo llorará tanto como tu Stach. Y ahora te estás callada un buen rato.

—Sí, no volveré á hablar, mi buen Stach,—contestó Litka fijando sus ojos llenos de gratitud en el rostro de su amigo.

En aquel momento entró la señora Emilia y Polaniecki se levantó para marcharse.

—¿Está usted enfadado conmigo, señor Stach?—le preguntó la niña con angustiado acento.

—No, Litka,—contestó él.

Al llegar á la antecámara, oyó llamar ligeramente á la puerta, porque la señora Emilia había hecho quitar la campanilla. Abrió y se encontró en frente de Marina. Después de haberse saludado, la joven le preguntó:

—¿Cómo está Litka?

—Como de costumbre.

—¿Ha venido el médico?

—Sí: no ha encontrado cambio alguno. ¿Permite usted que le ayude?

Esto diciendo, trataba de quitarle el abrigo. Y como ella procurase evitarlo, Polaniecki, que estaba afligido aún por las palabras de Litka, no pudo contenerse y dijo con amargo tono:

—Quería cumplir un simple deber de cortesía. Habría hecho lo mismo para cualquiera otra señora. Y además, puede usted estar segura de que en este momento no pienso en nadie más que en Litka.

Sorprendida Marina ante este reproche, detúvose mortificada frente á él, no sintiéndose ya con fuerzas para impedir que la quitase el abrigo. Mas con

gran asombro suyo, no se sintió ofendida por aquellas palabras, antes bien pareciale que sólo un hombre claro y sensible podía expresarse en aquellos términos.

Su enérgico proceder ejerció sobre la delicada naturaleza femenina de la niña un gran efecto, y nunca como en aquel momento había producido una impresión semejante, pasajera si se quiere, sobre ella.

Marina alzó hasta él los ojos asombrada y respondió:

—Le ruego á usted que me dispense.

Polaniecki, que entre tanto se había calmado, y se había arrepentido de su arrebató, replicó:

—Yo soy quien debo pedirle que me dispense. Litka me acaba de hablar ahora mismo de su muerte, y me ha conmovido de tal manera, que casi he perdido la cabeza. Fácilmente comprenderá usted esto y me dispensará.

Dicho esto, y después de haberla saludado de nuevo, salió.

XVI

Al día siguiente, Marina le pidió á la señora Emilia que la permitiese pasar allí las noches, cuando menos hasta que la pequeña enferma se hubiese restablecido. Esta proposición tuvo asimismo el apoyo de Litka, la cual hizo que la señora Emilia consintiera.

El señor Plavicki no hizo, por su parte, oposición alguna; antes por el contrario, estaba muy contento de poder ir á comer al restaurant. Además, Ma-

rina iría todos los días un rato á su casa, para arreglarla, y para enterarse de la salud de su padre.

Polaniecki y Marina se veían todos los días, porque él en cuanto sus asuntos lo dejaban libre, iba en seguida á casa de la señora Emilia, para recibir á las personas que venían á preguntar por el estado de Litka. Así tuvo ocasión de conocer á Marina como á enfermera, y de apreciar su paciencia y su ternura para con la niña, que iba mejorando visiblemente.

El médico le dió permiso para levantarse cada día durante algunas horas, de andar por la habitación, y para que se la transportara sentada en un sillón hasta el pie de un balcón abierto, desde donde se distraía mirando á la gente que paseaba por la calle. A veces formulaba preguntas muy originales.

Cierto día pasaba un pesado carro cargado de grandes macetas, en las cuales había limoneros plantados, y al ver que se balanceaban con fuerza las cimas de los árboles á cada sacudida del carro, dijo:

—De seguro que estas plantas no padecen del corazón.

Y volviéndose á Polaniecki, añadió:

—¿Viven mucho las plantas, señor Stach?

—Mucho, pueden alcanzar hasta mil años.

—Pues me gustaría ser árbol. Marina, ¿qué árbol te gustaría ser?

—Un abedul.

—Entonces yo sería un abedul pequeño, y mamá

uno grande, y creceríamos juntas las dos. ¿Quisiera usted ser también un abedul, señor Stach.

—Si, pero á condición de que pudiese crecer muy cerca del abedul pequeño.

Litka sacudía la cabeza con aire de incredulidad y repuso:

—No, no, ahora ya lo sé todo y sé cerca de quien el señor Stach querría crecer.

Marina se ruborizó. Polaniecki acarició la rubia cabellera de Litka murmurando:

—¡Ah, picarilla!

Litka se apoyó en el respaldo del sillón y cerró los ojos. Dos gruesas lágrimas aparecieron en sus cerradas pupilas y se deslizaron lentamente por sus mejillas; mas luego volvió á abrir los ojos y dijo con una sonrisa angelical.

—Yo amo á mamá más que á todos. Y también amo al señor Stach y á Marina.

XVII

El profesor Vascovski iba diariamente á casa de su amigo Estanislao para saber noticias de Litka, y cada vez traía flores frescas para ella. Un día en que Polaniecki le dió las gracias en nombre de la señora Emilia, le contestó:

—¡Cómo! no vale la pena de hablar de una cosa tan insignificante. ¿Cómo sigue hoy la pequeñuela?

—Ni mejora ni empeora. ¡Cuando pienso que esa pobre niña está destinada á morir!...

Polaniecki no pudo continuar, porque las lágrimas le hacían un nudo en la garganta. Solo haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, pudo continuar:

—Todavía puede esperarse en la divina misericordia. La razón natural dice que la persona que está enferma del corazón tiene que morir. ¡Qué pesar tan grande nos causará á todos!

En aquel momento llegó Bukacki, el cual, después de haberse enterado de la salud de Litka á quien quería con ternura, preguntó de qué se hablaba, y cuando lo supo, volvióse á Vascovski y dijo:

—No sé por qué los hombres han de estar siempre sometidos á un error, y no sé por qué se esfuerzan en sentar principios, desde el momento en que la ciega Providencia los puede reducir á la nada.

Mas el anciano pedagogo, contestó con sosegado acento:

—¿Pretendería usted acaso medir con su medida la sabiduría y la misericordia de Dios? ¿Quien anda aquí abajo en esta tierra, en medio de perpetuas tinieblas, tiene quizás el derecho de negar que más allá de las nubes está el cielo, de negar la existencia del sol y de la luz? ¿Y quien diga que la divina Providencia no ha encomendado á nuestra enfermita el cumplimiento de una misión, y que muera antes de que se haya cumplido?

—¡Misticismo!—exclamó Bukacki.

—Misticismo ó no, ojalá quisiera Dios que fuese fundada la suposición de Vascovski. Imposible me parece que esa pobre niña tenga que morir.

—¡Quién sabe!—repuso el profesor—¡quién sabe! tal vez alargará más que todos nosotros.

—Dios se apiade de la pobre madre y de la niña —continuó Polaniecki;—haría decir no una misa,

sino ciento, si supiera que han de servir para algo.

—Basta una, con tal que se diga con verdadera intención.

—Pues voy á hacerla decir. Respecto á la sinceridad de mis intenciones, puedo asegurar que no serian más sinceras si se tratase de mi propia vida.

Vascovski dijo con afable sonrisa:

—Está usted en el buen camino, porque su corazón es capaz de amar de veras.

Seguían hablando los tres amigos cuando entró Bigiel. Desde luego notó la apacibilidad de sus semblantes.

—Leo en vuestras caras que Litka ha mejorado, —exclamó.

—Sí, sí,—se apresuró á contestar Polaniecki,—el profesor nos ha dirigido palabras tan consoladoras que han sido un bálsamo para nosotros.

—Loado sea Dios. Mi mujer ha hecho celebrar una misa y luego ha ido á casa de la señora Emilia. Ya que Litka está mejor, quiero daros una gran noticia.

—¿Cuál?

—He encontrado á Masko que me ha dicho que vendría aquí dentro de poco; se casa.

—¿Con quién se casa?—preguntó Polaniecki.

—Con mi vecina, la señorita Kraslavski.

En aquel momento entró Masko. Mukacki se volvió hacia él y le acogió con estas palabras:

—*Te felix Masko nube.*

Llenáronle todos de felicitaciones, que él aceptó con gran dignidad.

—Queridos amigos míos,—dijo luego tomando la palabra,—os doy las gracias con todo corazón: no

dudo de que nuestros deseos se realizarán. Todos vosotros conocéis ya á mi novia.

—El negocio de Kerzemien se te presenta en el momento oportuno,—observó Polaniecki.

Polaniecki había dado en el blanco, porque efectivamente, sin eso jamás habría podido obtener la mano de la señorita pálida. Mas precisamente porque había estado acertado, Masko lo tomó á mal y contestó:

—Tú me facilitaste la compra; pero si alguna que otra vez te lo agradezco, hay momentos en que me vienen ganas de maldecirte.

—¿Por qué?

—Porque Plavicki es el hombre más fastidioso é insoportable del mundo, y porque tu prima, la gran señora, se pasa todo el santo día llorando en todos los tonos su Kerzemien, su paraíso perdido. Cree que nada tiene de divertido.

Polaniecki se levantó de un salto y dijo formalizándose:

—Oye, Masko, yo he dicho lo que he dicho de mi pariente, mas no por eso puedo permitir á otro que lo repita, y mucho menos á tí que le deberías estar agradecido, porque por su medio has realizado un negocio excelente. En cuanto á Marina, su pesar por la pérdida del hogar paterno demuestra su buen corazón, demuestra que tiene sentimientos buenos, y que no es ninguna muñeca ó un monigote lleno de estopa, como cierta otra señorita que conocemos. ¿Has entendido?

Masko se puso colorado como una amapola. Había comprendido á quien Polaniecki aludía con aquellas palabras. Estremecieron sus labios, pero

supo contenerse. No era cobarde, pero por muy animado que un hombre sea, siempre hay otra persona con quien no se tienen ganas de venir á las manos.

Para Masko, esta otra persona era Polaniecki. De consiguiente, después de haberse encogido de hombros, respondió tranquilamente:

—¿Por qué te enfadas? Si mis palabras te han ofendido...

—Yo no estoy enfadado,—interrumpió Polaniecki, mirándole fijamente en la cara,—pero te aconsejo que otra vez peses bien tus palabras.

—Tendré presente tu advertencia,—replicó Masko,—pero permíteme que también yo te dé un consejo. Otra vez no te atrevas á emplear conmigo un lenguaje semejante, porque podría darse el caso de que te pusiera á raya.

—¡Vamos á ver!—gritó Bukacki,—¿qué mosca le ha picado á usted?

Polaniecki, cuya antipatía hacia Masko habíase aumentado durante los últimos tiempos, habría llevado tal vez en aquel momento la cosa al extremo, si de improviso no hubiese entrado la criada de la señora Emilia.

—Venga usted corriendo enseguida,—dijo anhelante ésta, dirigiéndose á Polaniecki,—la señorita se muere.

El joven palideció, tomó el sombrero y se lanzó fuera de la habitación. Un silencio angustioso siguió á su desesperación. Masko fué quien al fin rompió este silencio.

—He olvidado,—dijo,—que en estos momentos todo se le debía perdonar.

Vascovski se puso á rezar con la cabeza inclinada, y terminó su plegaria con estas palabras:

—Solo Dios puede alejar la muerte, solo Dios la puede salvar.

Quince minutos después, Bigiel recibía de su esposa un billete concebido en estos términos:

«Afortunadamente ha pasado la crisis.»

XVIII

Lleno de angustia, con el temor de no encontrar ya viva á Litka, Polaniecki corrió á casa de la señora Emilia. Sintió como si renaciera á la vida cuando ésta le acogió con estas palabras.

—Mejor, mejor.

—¿Está aquí el médico?

—Sí.

—¿Y la niña?

—Duerme.

A pesar de haber recobrado la esperanza, el rostro de la señora Emilia conservaba impresas las huellas de la angustia y de la inquietud. Tenía descoloridos los labios, brillantes y encendidos los ojos, las mejillas ardientes como tizonas. Debía estar rendida de fatiga, porque había pasado veinticuatro horas sin dormir,

El médico, un hombre joven y de energía, aseguraba que ya había pasado el peligro, y la pobre madre estaba pendiente de sus labios mientras él le decía á Polaniecki:

—Es preciso evitar una nueva crisis y la evitaremos,

A pesar de que esas palabras consoladoras que

rían significar que un nuevo ataque sería fatal, la madre se asió de la última esperanza, esto es la de poder evitar una crisis ulterior, ni más ni menos que el que está á punto de arrojarse á un abismo y trata de agarrarse á las débiles matas que crecen en su boca.

—Sí, la evitaremos,—repetía sin cesar la pobre señora estrechando las manos al doctor.

—Como le he dicho á usted,—repuso el médico dirigiéndose á la señora Emilia,—el peligro ha pasado, y por lo tanto de nada serviría aquí mi presencia; volveré mañana por la mañana. Pero usted debe procurar dormir, es indispensable, lo necesita usted.

—Es imposible,—objetó la señora Emilia.

Entonces el médico la miró fijamente con sus ojos de color azul pálido, y dijo con tono lento é incisivo.

—Dentro de una hora se acostará usted y dormirá, quiero que duerma usted durante siete ú ocho horas consecutivas. Mañana se sentirá usted más fuerte. Conque, buenas noches.

—Y si duermo, ¿quién le dará la medicina á Litka?

—Se busca otra persona que se la dé. Usted tiene que dormir. Buenas noches.

Despidióse con estas palabras y salió.

Cuando el médico hubo salido, Polaniecki le dijo á la señora Emilia:

—Ahora tiene usted que seguir la prescripción del doctor. Es absolutamente necesario que usted descanse un poco. Yo la reemplazaré. Voy ahora